

## RETIRO DE ADVIENTO 2012

CRISTIANOS EN EL MUNDO:

# UNA ESPERANZA RESPONSABLE

*Es tiempo de reflexionar.....*



Textos para la reflexión

## SENTIMENTALISMO Vs AMOR

**Navidad, a muchos les suena a sentimentalismo, sensiblería...pero lo que Dios nos propone es el amor en toda su extensión.**

**1 Juan 4, 7-21**

**5** *El amor tiene por delante un vasto trabajo al que la Iglesia quiere contribuir también con su doctrina social, que concierne a todo el hombre y se dirige a todos los hombres.* Existen muchos hermanos necesitados que esperan ayuda, muchos oprimidos que esperan justicia, muchos desocupados que esperan trabajo, muchos pueblos que esperan respeto: « ¿Cómo es posible que, en nuestro tiempo, haya todavía quien se muere de hambre; quién está condenado al analfabetismo; quién carece de la asistencia médica más elemental; quién no tiene techo donde cobijarse? El panorama de la pobreza puede extenderse indefinidamente, si a las antiguas añadimos las nuevas pobreza, que afectan a menudo a ambientes y grupos no carentes de recursos económicos, pero expuestos a la desesperación del sin sentido, a la insidia de la droga, al abandono en la edad avanzada o en la enfermedad, a la marginación o a la discriminación social... ¿Podemos quedar al margen ante las perspectivas de un *desequilibrio ecológico*, que hace inhabitables y enemigas del hombre vastas áreas del planeta? ¿O ante los *problemas de la paz*, amenazada a menudo con la pesadilla de guerras catastróficas? ¿O frente al *vilipendio de los derechos humanos fundamentales* de tantas personas, especialmente de los niños?».<sup>4</sup>

<sup>4</sup>Juan Pablo II, Carta ap. *Novo millennio ineunte*, 50-51: AAS 93 (2001) 303-304.

**582** *Para plasmar una sociedad más humana, más digna de la persona, es necesario revalorizar el amor en la vida social —a nivel político, económico, cultural—, haciéndolo la norma constante y suprema de la acción.* Si la justicia « es de por sí apta para servir de “árbitro” entre los hombres en la recíproca repartición de los bienes objetivos según una medida adecuada, el amor en cambio, y solamente el amor (también ese amor benigno que llamamos “misericordia”), es capaz de restituir el hombre a sí mismo ». <sup>1226</sup> No se pueden regular las relaciones humanas únicamente con la medida de la justicia: « El cristiano sabe que el amor es el motivo por el cual Dios entra en relación con el hombre. Es también el amor lo que Él espera como respuesta del hombre. Por eso el amor es *la forma más alta y más noble de relación* de los seres humanos entre sí. El amor debe animar, pues, todos los ámbitos de la vida humana, extendiéndose igualmente al orden internacional. Sólo una humanidad en la que reine la “civilización del amor” podrá gozar de una paz auténtica y duradera ». <sup>1227</sup> En este sentido, el Magisterio recomienda encarecidamente la solidaridad porque está en condiciones de garantizar el bien común, en cuanto favorece el desarrollo integral de las personas: la caridad « te hace ver en el prójimo a ti mismo ». <sup>1228</sup>

<sup>1226</sup>Juan Pablo II, Carta enc. *Dives in misericordia*, 14: AAS 72 (1980) 1223.

<sup>1227</sup>Juan Pablo II, *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 2004*, 10: AAS 96 (2004) 121; cf. Id., Carta enc. *Dives in misericordia*, 14: AAS 72 (1980) 1224; *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2212.

<sup>1228</sup>San Juan Crisóstomo, *Homilia De perfecta caritate*, I, 2: PG 56, 281-282.

**583** *Sólo la caridad puede cambiar completamente al hombre.* <sup>1229</sup> Semejante cambio no significa anular la dimensión terrena en una espiritualidad desencarnada. <sup>1230</sup> Quien piensa conformarse a la virtud sobrenatural del amor sin tener en cuenta su correspondiente

fundamento natural, que incluye los deberes de la justicia, se engaña a sí mismo: « La caridad representa el mayor mandamiento social. Respeta al otro y sus derechos. Exige la práctica de la justicia y es la única que nos hace capaces de ésta. Inspira una vida de entrega de sí mismo: “Quien intente guardar su vida la perderá; y quien la pierda la conservará” (Lc 17,33) ».<sup>1231</sup>

<sup>1229</sup>Cf. Juan Pablo II, Carta ap. *Novo millennio ineunte*, 49-51: AAS 93 (2001) 302-304.

<sup>1230</sup>Cf. Juan Pablo II, Carta enc. *Centesimus annus*, 5: AAS 83 (1991) 798-800.

<sup>1231</sup>*Catecismo de la Iglesia Católica*, 1889.

**207** *Ninguna legislación, ningún sistema de reglas o de estipulaciones lograrán persuadir a hombres y pueblos a vivir en la unidad, en la fraternidad y en la paz; ningún argumento podrá superar el apelo de la caridad. Sólo la caridad, en su calidad de « forma virtutum »,<sup>456</sup> puede animar y plasmar la actuación social para edificar la paz, en el contexto de un mundo cada vez más complejo. Para que todo esto suceda es necesario que se muestre la caridad no sólo como inspiradora de la acción individual, sino también como fuerza capaz de suscitar vías nuevas para afrontar los problemas del mundo de hoy y para renovar profundamente desde su interior las estructuras, organizaciones sociales y ordenamientos jurídicos. En esta perspectiva la caridad se convierte en *caridad social y política*: la caridad social nos hace amar el bien común<sup>457</sup> y nos lleva a buscar efectivamente el bien de todas las personas, consideradas no sólo individualmente, sino también en la dimensión social que las une.*

<sup>456</sup>Santo Tomás de Aquino, *Summa theologiae*, II-II, q. 23, a. 8: Ed. Leon. 8, 172; *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1827.

<sup>457</sup>Cf. Pablo VI, *Discurso en la sede de la FAO*, en el XXV aniversario de la institución (16 de noviembre de 1970): *Enseñanzas al Pueblo de Dios*, Libreria Editrice Vaticana, p. 417.

- ¿Qué novedades prácticas aporta esta visión a tu idea de amor en Navidad?
- ¿Qué exigencias te plantea el amor desde esta perspectiva social?

## INDIVIDUALISMO Vs BIEN COMÚN

**En Adviento, de cara a Navidad, la mayoría estamos pensando en cómo la pasaré, qué haré, qué regalaré...yo, sólo yo y si acaso los míos. Jesús nos invita a mirar al hermano y buscar el bien común.**

**Mt 5, 43-48**

**164** *De la dignidad, unidad e igualdad de todas las personas deriva, en primer lugar, el principio del bien común, al que debe referirse todo aspecto de la vida social para encontrar plenitud de sentido. Según una primera y vasta acepción, por bien común se entiende « el conjunto de condiciones de la vida social que hacen posible a las asociaciones y a cada uno de sus miembros el logro más pleno y más fácil de la propia perfección ».*<sup>346</sup>

*El bien común no consiste en la simple suma de los bienes particulares de cada sujeto del cuerpo social. Siendo de todos y de cada uno es y permanece común, porque es indivisible y porque sólo juntos es posible alcanzarlo, acrecentarlo y custodiarlo, también en vistas al futuro. Como el actuar moral del individuo se realiza en el cumplimiento del bien, así el actuar social alcanza su plenitud en la realización del bien común. El bien común se puede considerar como la dimensión social y comunitaria del bien moral.*

<sup>346</sup>Concilio Vaticano II, Const. past. *Gaudium et spes*, 26: AAS 58 (1966) 1046; cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1905-1912; Juan XXIII, Carta enc. *Mater et magistra*, 65: AAS 53 (1961) 417-421; Id., Carta enc. *Pacem in terris*:53 a 63 AAS 55 (1963) 272-273; Pablo VI, Carta ap. *Octogesima adveniens*, 46: AAS 63 (1971) 433-435.

**165** *Una sociedad que, en todos sus niveles, quiere positivamente estar al servicio del ser humano es aquella que se propone como meta prioritaria el bien común, en cuanto bien de todos los hombres y de todo el hombre.*<sup>347</sup> *La persona no puede encontrar realización sólo en sí misma, es decir, prescindir de su ser « con » y « para » los demás. Esta verdad le impone no una simple convivencia en los diversos niveles de la vida social y relacional, sino también la búsqueda incesante, de manera práctica y no sólo ideal, del bien, es decir, del sentido y de la verdad que se encuentran en las formas de vida social existentes. Ninguna forma expresiva de la sociabilidad —desde la familia, pasando por el grupo social intermedio, la asociación, la empresa de carácter económico, la ciudad, la región, el Estado, hasta la misma comunidad de los pueblos y de las Naciones— puede eludir la cuestión acerca del propio bien común, que es constitutivo de su significado y auténtica razón de ser de su misma subsistencia.*<sup>348</sup>

<sup>347</sup>Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1912.

<sup>348</sup>Cf. Juan XXIII, Carta enc. *Pacem in terris*.53 a 63: AAS 55 (1963) 272.

**166** *Las exigencias del bien común derivan de las condiciones sociales de cada época y están estrechamente vinculadas al respeto y a la promoción integral de la persona y de sus derechos fundamentales.*<sup>349</sup> *Tales exigencias atañen, ante todo, al compromiso por la paz, a la correcta organización de los poderes del Estado, a un sólido ordenamiento jurídico, a la salvaguardia del ambiente, a la prestación de los servicios esenciales para las personas, algunos de los cuales son, al mismo tiempo, derechos del hombre: alimentación, habitación, trabajo, educación y acceso a la cultura, transporte, salud, libre circulación de las informaciones y tutela de la libertad religiosa.*<sup>350</sup>

<sup>349</sup>Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1907.

<sup>350</sup>Cf. Concilio Vaticano II, Const. past. *Gaudium et spes*, 26: AAS 58 (1966) 1046-1047.

**167** *El bien común es un deber de todos los miembros de la sociedad*: ninguno está exento de colaborar, según las propias capacidades, en su consecución y desarrollo.<sup>352</sup> El bien común exige ser servido plenamente, no según visiones reductivas subordinadas a las ventajas que cada uno puede obtener, sino en base a una lógica que asume en toda su amplitud la correlativa responsabilidad. El bien común corresponde a las inclinaciones más elevadas del hombre,<sup>353</sup> pero es un bien arduo de alcanzar, porque exige la capacidad y la búsqueda constante del bien de los demás como si fuese el bien propio.

*Todos tienen también derecho a gozar de las condiciones de vida social que resultan de la búsqueda del bien común*. Sigue siendo actual la enseñanza de Pío XI: es « necesario que la partición de los bienes creados se revoque y se ajuste a las normas del bien común o de la justicia social, pues cualquier persona sensata ve cuan gravísimo trastorno acarrea consigo esta enorme diferencia actual entre unos pocos cargados de fabulosas riquezas y la incontable multitud de los necesitados ».<sup>354</sup>

<sup>352</sup>Cf. Juan XXIII, Carta enc. *Mater et magistra*, 20: AAS 53 (1961) 417; Pablo VI, Carta ap. *Octogesima adveniens*, 46: AAS 63 (1971) 433-435; *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1913.

<sup>353</sup>Santo Tomás de Aquino coloca en el nivel más alto y más específico de las « *inclinaciones naturales* » del hombre el « conocer la verdad sobre Dios » y el « vivir en sociedad » (*Summa Theologiae*, I-II, q.94, a.2, Ed. Leon. 7, 170: « Secundum igitur ordinem inclinationum naturalium est ordo praeceptorum legis naturae... Tertio modo inest homini inclinatio ad bonum secundum naturam rationis, quae est sibi propria; sicut homo habet naturalem inclinationem ad hoc quod veritatem cognoscat de Deo, et ad hoc quod in societate vivat »).

<sup>354</sup>Pío XI, Carta enc. *Quadragesimo anno*, 58: AAS 23 (1931) 197.

**171** *Entre las múltiples implicaciones del bien común, adquiere inmediato relieve el principio del destino universal de los bienes*: « Dios ha destinado la tierra y cuanto ella contiene para uso de todos los hombres y pueblos. En consecuencia, los bienes creados deben llegar a todos en forma equitativa bajo la égida de la justicia y con la compañía de la caridad ».<sup>360</sup> Este principio se basa en el hecho que « el origen primigenio de todo lo que es un bien es el acto mismo de Dios que ha creado al mundo y al hombre, y que ha dado a éste la tierra para que la domine con su trabajo y goce de sus frutos (cf. *Gn* 1,28-29). Dios ha dado la tierra a todo el género humano para que ella sustente a todos sus habitantes, sin excluir a nadie ni privilegiar a ninguno. He ahí, pues, *la raíz primera del destino universal de los bienes de la tierra*. Ésta, por su misma fecundidad y capacidad de satisfacer las necesidades del hombre, es el primer don de Dios para el sustento de la vida humana ».<sup>361</sup> La persona, en efecto, no puede prescindir de los bienes materiales que responden a sus necesidades primarias y constituyen las condiciones básicas para su existencia; estos bienes le son absolutamente indispensables para alimentarse y crecer, para comunicarse, para asociarse y para poder conseguir las más altas finalidades a que está llamada.<sup>362</sup>

<sup>359</sup>Cf. Juan Pablo II, Carta enc. *Centesimus annus*, 41: AAS 83 (1991) 843-845.

<sup>360</sup>Concilio Vaticano II, Const. past. *Gaudium et spes*, 69: AAS 58 (1966) 1090.

<sup>361</sup>Juan Pablo II, Carta enc. *Centesimus annus*, 31: AAS 83 (1991) 831.

<sup>362</sup>Cf. Pío XII, *Radiomensaje por el 50º Aniversario de la « Rerum novarum »*: AAS 33 (1941) 199-200.

- ¿En qué medida estamos preocupados del Bien Común?
- ¿Qué me implica este enfoque del Bien Común en mi idea de Navidad?
- ¿En estos tiempos de crisis lloro/me quejo/lucho sólo por mis derechos/privilegios o también por los de los demás?

## **DERROCHE/CONSUMISMO VS COMPARTIR**

**Hablar de derroche y consumismo en Navidad, no es un tópico, es una realidad. Compartir, ¿sólo un deseo, una ilusión?**

**Mateo 12, 41-44; 2 Corintios 8, 1-5; 11-16**

La felicidad de la comunidad no depende de la cantidad de bienes que tiene el Estado o de la cantidad de riqueza de los ciudadanos concentrada en unos pocos, sino que la felicidad política está en razón inversa del número de pobres. Era preferible un Estado pobre cuando todos los ciudadanos tenían lo necesario para la vida y un mínimo de bienestar, a un Estado rico en el cual hubiera muchos ciudadanos que se murieran de hambre. Misión era de la comunidad, decía Bartolomé Felipe, procurar en cuanto fuera posible que no hubiera pobres.

Juan de Mariana (119) sintetizó la tesis de más de cien juristas: «Una de las obras de perfecta justicia y cristiana caridad es aliviar la indigencia de los débiles y necesitados; alimentar a los huérfanos y socorrer a aquellos que necesitan amparo. Este es uno de los principales deberes del príncipe. Este es el fruto que deben proponerse las riquezas, el más grande y verdadero de todos; no el usar de ellas para los placeres propios, sino para la salud de muchos; no para contentarse con el solo fruto presente de las, mismas, sino para adquirir aquella justicia que nunca perece. El verdadero oficio de humanidad es tener prontas y fáciles, con la mayor benignidad hacia todos, aquellas riquezas que el mismo Dios quiso que fueran comunes; porque habiendo entregado a todos la tierra y mandado que todos los seres vivientes participasen de los frutos de ella para alimentarse, sólo la implacable y frenética avaricia pudo interceptar los divinos beneficios y abrogárselos a sí misma, haciendo propios el alimento y las riquezas de todos los mortales; no es, pues, maravilla el que se nos recomiende tanto el amor a los pobres en los divinos libros; nosotros sólo pretendemos que emplees en usos mejores aquella parte de tus bienes que destinas a otros superfluos; como, por ejemplo, que redimas los cautivos con, lo que destinas para comprar caballos; que alimentes los pobres con lo que gastas con los perros, y que socorras a los necesitados con lo que consumes en un lujo excesivo. Nunca la tierra es tan escasa que no dé los frutos y alimentos necesarios para satisfacer a todos si los poderosos construyesen depósitos de trigo y de dinero, donde todo esto se juntase para socorrer a los pobres. Esto fue lo que el mismo Dios quiso y, mandó por medio de una ley, para que cuando, corrompida la naturaleza de los hombres, se introdujese por necesidad la división de la propiedad común, no la ocupasen toda unos pocos solamente, sino que dejasen alguna parte para los usos y necesidades comunes. ¡Oh cuántos pobres pudieran ser socorridos y cuántos desgraciados alimentados con todo aquello que se emplea inútilmente y en usos superfluos de la República!, como lo que se gasta en vestidos preciosos para alimentar la soberbia, como lo que se consume en platos exquisitos para saborear e irritar el paladar, de donde se originan muchas graves enfermedades, y todo lo que se emplea igualmente en perros de caza y en su alimento, y lo que se da a los bufones y aduladores. Pero, volviendo a nuestro propósito, debemos prevenir al príncipe y aconsejarle que debe tener gran esmero en no permitir, que en la República haya algunos que aglomeren ellos solos todas las riquezas y el poder, y que por consecuencia de' este mal se vean otros reducidos y, estrechados al último extremo de la indigencia. Porque los ricos se corrompen y abusan del poder, habiendo muy pocos que sepan moderarse cuando la fortuna ,les es próspera, lo mismo que cuando les es adversa; y cuantos fueren los indigentes en la República, tantos necesariamente serán enemigos suyos, y especialmente cuando hayan abandonado la esperanza de mejorar de condición. Como verdaderamente y muy a propósito dice uno, que al

hombre que busca riquezas y poder, todo necesitado le es importunísimo, y nada hay. para él que sea apreciable, ni aun los suyos le son queridos, porque todo lo estiman por el valor material, y, como dice igualmente Platón que sucede en las artes, que son abandonadas por la excesiva riqueza y por la extrema pobreza, porque cuando el artífice es rico no quiere ya trabajar en su oficio, contento con el ocio y las riquezas que ha adquirido; y cuando es pobre absolutamente, no puede ejercerlo porque no tiene para comprar los instrumentos del arte. Lo mismo parece que sucede en la República, porque cuando hay unos que abundan en riquezas y otros que son enteramente pobres, no puede en modo alguno regirse bien, de manera que siempre es necesario que en uno y otro extremo haya cierta templanza. Es ciertamente muy peligroso que haya muchos pobres en la República y carezcan de todos los bienes; porque es forzoso que ocurran continuas turbulencias y movimientos; pues sabemos que los lobos obligados por el hambre acometen a las poblaciones y que hostigados por la necesidad las destruyen o perecen ellos. Lo mismo que sucede a los animales sucede igualmente a los hombres.» Y terminaba con aquellas palabras: «Por lo cual el primer objeto debe ser amparar la indigencia y aliviar al pueblo. Si se obligase a los ricos a repartir equitativamente las riquezas que acumularon, en este caso participarán todos de ellas y nunca habría escasez de pan, que nace para todos».

(119) Del Rey y de la institución de la dignidad real, lib. III, cap. 14, p. 396. Añadía en otro lugar (lib. III, cap. 10, p. 354): «Con. más particularidad convendría sobre todo el que en tiempo de penuria y escasez de granos, se consuman espontáneamente las riquezas en alimentar a los pobres, a quienes por lo mismo que carecen de todo para alimentarse ellos y su familia, se les debe dar un salario diario empleándolos en algunos trabajos públicos o particulares, cuya cantidad recibirán con muy buena voluntad y gratitud, porque no se verán obligados a implorar la caridad ajena y alargar la mano para tomar la moneda con lo que puedan vivir.»

**329** *Las riquezas realizan su función de servicio al hombre cuando son destinadas a producir beneficios para los demás y para la sociedad:*<sup>685</sup> «¿Cómo podríamos hacer el bien al prójimo —se pregunta Clemente de Alejandría— si nadie poseyese nada?»<sup>686</sup> En la visión de San Juan Crisóstomo, las riquezas pertenecen a algunos para que estos puedan ganar méritos compartiéndolas con los demás.<sup>687</sup> Las riquezas son un bien que viene de Dios: quien lo posee lo debe usar y hacer circular, de manera que también los necesitados puedan gozar de él; el mal se encuentra en el apego desordenado a las riquezas, en el deseo de acapararlas. San Basilio el Grande invita a los ricos a abrir las puertas de sus almacenes y exclama: «Un gran río se vierte, en mil canales, sobre el terreno fértil: así, por mil caminos, tú haces llegar la riqueza a las casas de los pobres».<sup>688</sup> La riqueza, explica San Basilio, es como el agua que brota cada vez más pura de la fuente si se bebe de ella con frecuencia, mientras que se pudre si la fuente permanece inutilizada.<sup>689</sup> El rico, dirá más tarde San Gregorio Magno, no es sino un administrador de lo que posee; dar lo necesario a quien carece de ello es una obra que hay que cumplir con humildad, porque los bienes no pertenecen a quien los distribuye. Quien tiene las riquezas sólo para sí no es inocente; darlas a quien tiene necesidad significa pagar una deuda.<sup>690</sup>

<sup>685</sup>Cf. Hermas, *Pastor*, Liber Tertium, *Similitudo I*: PG 2, 954.

<sup>686</sup>Clemente de Alejandría, *Quis dives salvetur*, 13: PG 9, 618.

<sup>687</sup>Cf. San Juan Crisóstomo, *Homiliae XXI de Statuis ad populum Antiochenum habitae*, 2, 6-8: PG 49, 41-46.

<sup>688</sup>San Basilio Magno, *Homilia in illud Lucae, Destruam horrea mea*, 5:

PG 31, 271.

<sup>689</sup>Cf. San Basilio Magno, *Homilia in illud Lucae, Destruam horrea mea*, 5:

PG 31, 271.

<sup>690</sup>Cf. San Gregorio Magno, *Regula pastoralis*, 3, 21: PL 77, 87-89. Título del § 21: « Quomodo admonendi qui aliena non appetunt, sed sua retinent; et qui sua tributentes, aliena tamen rapiunt ».

**337** *La dimensión creativa es un elemento esencial de la acción humana, también en el campo empresarial, y se manifiesta especialmente en la aptitud para elaborar proyectos e innovar: « Organizar ese esfuerzo productivo, programar su duración en el tiempo, procurar que corresponda de manera positiva a las necesidades que debe satisfacer, asumiendo los riesgos necesarios: todo esto es también una fuente de riqueza en la sociedad actual. Así se hace cada vez más evidente y determinante el papel del trabajo humano, disciplinado y creativo, y el de las capacidades de iniciativa y de espíritu emprendedor, como parte esencial del mismo trabajo ».*<sup>705</sup> Como fundamento de esta enseñanza hay que señalar la convicción de que « el principal recurso del hombre es, junto con la tierra, el hombre mismo. Es su inteligencia la que descubre las potencialidades productivas de la tierra y las múltiples modalidades con que se pueden satisfacer las necesidades humanas ».<sup>706</sup>

<sup>705</sup>Juan Pablo II, Carta enc. *Centesimus annus*, 32: AAS 83 (1991) 833.

<sup>706</sup>Juan Pablo II, Carta enc. *Centesimus annus*, 32: AAS 83 (1991) 833

- ¿Qué exigencias me plantean estos textos?
- ¿Repartir los bienes es algo que se debe exigir sólo a los gobernantes?
- ¿Es posible celebrar la Navidad sin compartir?

## SUPERFICIALIDAD, HIPOCRESÍA Vs REALIZACIÓN DE LA PERSONA, AUTENTICIDAD

**En una sociedad que sólo mira la cáscara la Navidad no es una excepción: cenas, regalos, abrazos, sonrisas... por compromiso. Jesús viene a proponer vivir con autenticidad.**

**Juan 14, 6; Efesios 5, 1-11**

*16 Los interrogantes radicales que acompañan desde el inicio el camino de los hombres, adquieren, en nuestro tiempo, importancia aún mayor por la amplitud de los desafíos, la novedad de los escenarios y las opciones decisivas que las generaciones actuales están llamadas a realizar.*

El primero de los grandes desafíos, que la humanidad enfrenta hoy, es el *de la verdad misma del ser-hombre*. El límite y la relación entre naturaleza, técnica y moral son cuestiones que interpelan fuertemente la responsabilidad personal y colectiva en relación a los comportamientos que se deben adoptar respecto a lo que el hombre es, a lo que puede hacer y a lo que debe ser. Un segundo desafío es el que presenta *la comprensión y la gestión del pluralismo y de las diferencias* en todos los ámbitos: de pensamiento, de opción moral, de cultura, de adhesión religiosa, de filosofía del desarrollo humano y social. El tercer desafío es la *globalización*, que tiene un significado más amplio y más profundo que el simplemente económico, porque en la historia se ha abierto una nueva época, que atañe al destino de la humanidad.

*17 Los discípulos de Jesucristo se saben interrogados por estas cuestiones, las llevan también dentro de su corazón y quieren comprometerse, junto con todos los hombres, en la búsqueda de la verdad y del sentido de la existencia personal y social. Contribuyen a esta búsqueda con su testimonio generoso del don que la humanidad ha recibido: Dios le ha dirigido su Palabra a lo largo de la historia, más aún, Él mismo ha entrado en ella para dialogar con la humanidad y para revelarles su plan de salvación, de justicia y de fraternidad. En su Hijo, Jesucristo, hecho hombre, Dios nos ha liberado del pecado y nos ha indicado el camino que debemos recorrer y la meta hacia la cual dirigirse.*

*4 Descubriéndose amado por Dios, el hombre comprende la propia dignidad trascendente, aprende a no contentarse consigo mismo y a salir al encuentro del otro en una red de relaciones cada vez más auténticamente humanas.* Los hombres renovados por el amor de Dios son capaces de cambiar las reglas, la calidad de las relaciones y las estructuras sociales: son personas capaces de llevar paz donde hay conflictos, de construir y cultivar relaciones fraternas donde hay odio, de buscar la justicia donde domina la explotación del hombre por el hombre. Sólo el amor es capaz de transformar de modo radical las relaciones que los seres humanos tienen entre sí. Desde esta perspectiva, todo hombre de buena voluntad puede entrever los vastos horizontes de la justicia y del desarrollo humano en la verdad y en el bien.

- ¿Vives con autenticidad la realidad?
- ¿Buscas lo profundo de la relación, el encuentro con las personas?
- ¿Eres capaz de escuchar la propuesta de Dios en Navidad?

## **PESIMISMO Vs ESPERANZA**

**En la actual crisis económica, basta con escuchar cualquier conversación, el pesimismo nos inunda. El Adviento nos habla de vida y esperanza pese a las dificultades, Jesús nos trae ambas.**

**Jeremías 33, 14-16**

**325** *Jesús asume toda la tradición del Antiguo Testamento, también sobre los bienes económicos, sobre la riqueza y la pobreza, confiriéndole una definitiva claridad y plenitud (cf. Mt 6,24 y 13,22; Lc 6,20-24 y 12,15-21; Rm 14,6-8 y 1 Tm 4,4). Él, infundiendo su Espíritu y cambiando los corazones, instaura el « Reino de Dios », que hace posible una nueva convivencia en la justicia, en la fraternidad, en la solidaridad y en el compartir. El Reino inaugurado por Cristo perfecciona la bondad originaria de la creación y de la actividad humana, herida por el pecado. Liberado del mal y reincorporado en la comunión con Dios, todo hombre puede continuar la obra de Jesús con la ayuda de su Espíritu: hacer justicia a los pobres, liberar a los oprimidos, consolar a los afligidos, buscar activamente un nuevo orden social, en el que se ofrezcan soluciones adecuadas a la pobreza material y se contrarresten más eficazmente las fuerzas que obstaculizan los intentos de los más débiles para liberarse de una condición de miseria y de esclavitud. Cuando esto sucede, el Reino de Dios se hace ya presente sobre esta tierra, aun no perteneciendo a ella. En él encontrarán finalmente cumplimiento las promesas de los Profetas.*

**575** *La sociedad contemporánea advierte y vive profusamente una nueva necesidad de sentido: « Siempre deseará el hombre saber, al menos confusamente, el sentido de su vida, de su acción y de su muerte ». <sup>1206</sup> Resultan arduos los intentos de satisfacer las exigencias de proyectar el futuro en el nuevo contexto de las relaciones internacionales, cada vez más complejas e interdependientes, y al mismo tiempo menos ordenadas y pacíficas. La vida y la muerte de las personas parecen estar confiadas únicamente al progreso científico y tecnológico, que avanza mucho más rápidamente que la capacidad humana de establecer sus fines y evaluar sus costos. Muchos fenómenos indican, por el contrario, que « en las Naciones más ricas, los hombres, insatisfechos cada vez más por la posesión de los bienes materiales, abandonan la utopía de un paraíso perdurable aquí en la tierra. Al mismo tiempo, la humanidad entera no solamente está adquiriendo una conciencia cada día más clara de los derechos inviolables y universales de la persona humana, sino que además se esfuerza con toda clase de recursos por establecer entre los hombres relaciones mutuas más justas y adecuadas a su propia dignidad. De aquí se deriva el hecho de que actualmente los hombres empiecen a reconocer sus limitaciones naturales y busquen las realidades del espíritu con el afán superior al de antes.*

Todos estos hechos parecen infundir cierta esperanza de que tanto los individuos como las naciones lleguen por fin a un acuerdo para prestarse múltiples y eficazísima ayuda mutua». <sup>1207</sup>

<sup>1206</sup> Concilio Vaticano II, Const. past. *Gaudium et spes*, 41: AAS 58 (1966) 1059.

<sup>1207</sup> Juan XXIII, Carta enc. *Mater et magistra*, 202: AAS 53 (1961) 451.

- ¿En qué medida sentimos, vivimos la esperanza en estos momentos de crisis?
- ¿Dónde ponemos nuestra esperanza?
- ¿Buscamos esperanza solo para nosotros o también para los demás?

- ¿En que medida colaboramos con los hombres de buena voluntad en generar esperanzas a los que sufren? ¿Solo esperanzas o también la Esperanza que representa Jesús?

## **ESPIRUTALISMO Vs ENCARNACIÓN**

**La Navidad esta llena de deseos bonitos y buenas intenciones, pero Dios nos propone algo mas radical la Encarnación.**

**Filipenses 2,5-11;**

Es indudable que la espiritualidad Vicenciana es cristocéntrica. S. Vicente, de hecho, no se propone a sí mismo ni a nosotros las devociones (a los santos, a los lugares, a las ideas), sino que va derecho al centro de todo, a Cristo (Tu solus Dominus). "Arrebatado del amor por las criaturas" (Coste, XII, 265). Cristo ha abandonado el Trono del Padre para manifestar la ternura de Dios: "fue aquella ternura la que le hizo bajar del cielo; veía a los hombres privados de su gloria, se conmovió ante su desventura" (Coste, XII, 271).

En todo caso Vicente nos advierte que su Cristo lo ha encontrado verdaderamente. Vicente ha percibido la voz de Cristo sólo cuando se ha encontrado con una doliente humanidad de los pobres, de gente hambrienta y ávida de pan y palabra. Viendo a los pobres ha encontrado a Cristo. Ha visto a Cristo en su "contrario". Para el Santo de la Caridad, la Encarnación está en el origen de una nueva relación con Cristo y con el hombre, de una especie de empuje vital. "Miremos al 'Hijo de, 'Dios: ¡Oh! ¡qué corazón caritativo! ¡qué llama de amor!... ¿Hay un amor semejante? ¿Quién podría amar de un forma tan supereminente? Solo Nuestro Señor, ha podido arrastrar por el amor a las criaturas hasta dejar el trono de su 'Padre para venir a tomar un cuerpo sujeto a las debilidades. ¿Y para qué? Para establecer entre nosotros por su ejemplo y su palabra, la caridad con el prójimo. Este amor fue el que lo crucificó y el que hizo esta obra admirable de nuestra redención. Hermanos míos, si tuviéramos un poco de ese amor, ¿nos quedaríamos con los brazos cruzados? ¿Dejaríamos morir a todos esos que podríamos asistir? No, la caridad no puede permanecer ociosa, sino que nos mueve a la salvación y al consuelo de los demás" (Conferencias SI/4, 555; Coste, XII, 264s.)

Se entiende como el santo no se retrase en la búsqueda de mediaciones, había encontrado a Cristo, había visto a los pobres, quería "construir el 'Reino de 'Dios". La frase "El pueblo se muere de hambre y se condena", no era un argumento para obtener favores de la S. Sede, sino una urgencia, un grito de dolor, una herida del alma. La Encarnación era para él no un misterio para contemplar, sino el origen de la acción. Según Bremond por tanto " no es el amor de los hombres que le ha conducido a la santidad, sino que ha sido más bien la santidad que le ha hecho verdadera y eficazmente caritativo; no han sido los pobres los que le han dado a Dios, sino, por el contrario, Dios - es decir el 'Verbo Encarnado- quien le ha dado a los pobres". Por eso no se puede considerar a Vicente solo un hombre de acción, un distribuidor de limosnas, sino un hombre de oración que encuentra al mundo en la esfera de Dios, para el que su oración fue una oración hecha caridad.

S. Luisa a su vez invitó a las hermanas a tener un "amor fuerte", de modo que se consideraran poseídas por él y del servicio a los pobres, casi los dos amores fueran una sola cosa; "Sea, pues, muy animosa en la desconfianza que debe tener de usted misma. Lo mismo digo a todas nuestras queridas hermanas; deseo que todas estén llenas de un amor fuerte que las ocupe tan suavemente en Dios y tan caritativamente en el servicio de los pobres, que su corazón no pueda ya admitir pensamientos peligrosos para su perseverancia. Animo, queridas Hermanas, no pensemos más que en agradar a Dios por la práctica exacta de sus santos mandamientos y consejos evangélicos, puesto que la bondad de Dios se ha dignado llamarnos a ellos; para lo cual nos debe servir la exacta observancia de nuestras reglas, pero alegremente y con diligencia. Sirvan a sus amos con gran dulzura" (Correspondencia y escritos, 82).

3 Nuevas situaciones, tanto eclesiales como sociales, económicas, políticas y culturales, reclaman hoy, con fuerza muy particular, la acción de los fieles laicos. Si el no comprometerse ha sido siempre algo inaceptable, el tiempo presente lo hace aún más culpable. A nadie le es lícito permanecer ocioso.

Reemprendamos la lectura de la parábola evangélica: «Todavía salió a eso de las cinco de la tarde, vió otros que estaban allí, y les dijo: "¿Por qué estáis aquí todo el día parados?" Le respondieron: "Es que nadie nos ha contratado". Y él les dijo: "Id también vosotros a mi viña"» (Mt 20, 6-7).

No hay lugar para el ocio: tanto es el trabajo que a todos espera en la viña del Señor. El «dueño de casa» repite con más fuerza su invitación: «Id vosotros también a mi viña».

La voz del Señor resuena ciertamente en lo más íntimo del ser mismo de cada cristiano que, mediante la fe y los sacramentos de la iniciación cristiana, ha sido configurado con Cristo, ha sido injertado como miembro vivo en la Iglesia y es sujeto activo de su misión de salvación. Pero la voz del Señor también pasa a través de las vicisitudes históricas de la Iglesia y de la humanidad, como nos lo recuerda el Concilio: «El Pueblo de Dios, movido por la fe que le impulsa a creer que quien le conduce es el Espíritu del Señor que llena el universo, procura discernir en los acontecimientos, exigencias y deseos, de los cuales participa juntamente con sus contemporáneos, los signos verdaderos de la presencia o del designio de Dios. En efecto, la fe todo lo ilumina con nueva luz, y manifiesta el plan divino sobre la entera vocación del hombre. Por ello orienta la mente hacia soluciones plenamente humanas»[6].

Es necesario entonces mirar cara a cara este mundo nuestro con sus valores y problemas, sus inquietudes y esperanzas, sus conquistas y derrotas: un mundo cuyas situaciones económicas, sociales, políticas y culturales presentan problemas y dificultades más graves respecto a aquél que describía el Concilio en la Constitución pastoral *Gaudium et spes*[7]. De todas formas, es ésta la viña, y es éste el campo en que los fieles laicos están llamados a vivir su misión. Jesús les quiere, como a todos sus discípulos, sal de la tierra y luz del mundo (cf. Mt 5, 13-14). Pero ¿cuál es el rostro actual de la «tierra» y del «mundo» en el que los cristianos han de ser «sal» y «luz»?

Es muy grande la diversidad de situaciones y problemas que hoy existen en el mundo, y que además están caracterizadas por la creciente aceleración del cambio. Por esto es absolutamente necesario guardarse de las generalizaciones y simplificaciones indebidas. Sin embargo, es posible advertir algunas líneas de tendencia que sobresalen en la sociedad actual. Así como en el campo evangélico crecen juntamente la cizaña y el buen grano, también en la historia, teatro cotidiano de un ejercicio a menudo contradictorio de la libertad humana, se encuentran, arrojados el uno al otro y a veces profundamente entrelazados, el mal y el bien, la injusticia y la justicia, la angustia y la esperanza. (Juan Pablo II, CHL nº3)

47. En el marco de las tristes experiencias de estos últimos años y del panorama prevalentemente negativo del momento presente, la Iglesia debe afirmar con fuerza la posibilidad de la superación de las trabas que por exceso o por defecto, se interponen al desarrollo, y la confianza en una verdadera liberación. Confianza y posibilidad fundadas, en última instancia, en la conciencia que la Iglesia tiene de la promesa divina, en virtud de la cual la historia presente no está cerrada en sí misma sino abierta al Reino de Dios.

La Iglesia tiene también confianza en el hombre, aun conociendo la maldad de que es capaz, porque sabe bien —no obstante el pecado heredado y el que cada uno puede cometer— que hay en la persona humana suficientes cualidades y energías, y hay una « bondad » fundamental (cf. Gén 1, 31), porque es imagen de su Creador, puesta bajo el influjo redentor de Cristo, « cercano a todo hombre »,86 y porque la acción eficaz del Espíritu Santo « llena la tierra » (Sab 1, 7).

Por tanto, no se justifican ni la desesperación, ni el pesimismo, ni la pasividad. Aunque con tristeza, conviene decir que, así como se puede pecar por egoísmo, por afán de ganancia exagerada y de poder, se puede faltar también —ante las urgentes necesidades de unas muchedumbres hundidas en el subdesarrollo— por temor, indecisión y, en el fondo, por cobardía. Todos estamos llamados, más aún obligados, a afrontar este tremendo desafío de la última década del segundo milenio. Y ello, porque unos peligros ineludibles nos amenazan a todos: una crisis económica mundial, una guerra sin fronteras, sin vencedores ni vencidos. Ante semejante amenaza, la distinción entre personas y Países ricos, entre personas y Países pobres, contará poco, salvo por la mayor responsabilidad de los que tienen más y pueden más. Pero éste no es el único ni el principal motivo. Lo que está en juego es la dignidad de la persona humana, cuya defensa y promoción nos han sido confiadas por el Creador, y de las que son rigurosa y responsablemente deudores los hombres y mujeres en cada coyuntura de la historia. El panorama actual —como muchos ya perciben más o menos claramente—, no parece responder a esta dignidad. Cada uno está llamado a ocupar su propio lugar en esta campaña pacífica que hay que realizar con medios pacíficos para conseguir el desarrollo en la paz, para salvaguardar la misma naturaleza y el mundo que nos circunda. También la Iglesia se siente profundamente implicada en este camino, en cuyo éxito final espera.

Por eso, siguiendo la Encíclica *Populorum progressio* del Papa Pablo VI,(87) con sencillez y humildad quiero dirigirme a todos, hombres y mujeres sin excepción, para que, convencidos de la gravedad del momento presente y de la respectiva responsabilidad individual, pongamos por obra, —con el estilo personal y familiar de vida, con el uso de los bienes, con la participación como ciudadanos, con la colaboración en las decisiones económicas y políticas y con la propia actuación a nivel nacional e internacional— las medidas inspiradas en la solidaridad y en el amor preferencial por los pobres. Así lo requiere el momento, así lo exige sobre todo la dignidad de la persona humana, imagen indestructible de Dios Creador, idéntica en cada uno de nosotros.

En este empeño deben ser ejemplo y guía los hijos de la Iglesia, llamados, según el programa enunciado por el mismo Jesús en la sinagoga de Nazaret, a « anunciar a los pobres la Buena Nueva ... a proclamar la liberación de los cautivos, la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor » (Lc 4, 18-19). Y en esto conviene subrayar el papel preponderante que cabe a los laicos, hombres y mujeres, como se ha dicho varias veces durante la reciente Asamblea sinodal. A ellos compete animar, con su compromiso cristiano, las realidades y, en ellas, procurar ser testigos y operadores de paz y de justicia. (Juan Pablo II, SRS 47)

- ¿En que medida estoy inmerso en la realidad que vive la sociedad actual?
- ¿Comparto, me solidarizo con sus problemas y sufrimientos?
- ¿Comparto con la sociedad sus luchas y esperanzas o soy un mero espectador de lo que pasa?
- ¿En qué debería cambiar mi vida para hacer realidad la Encarnación?
- ¿Ofrezco a esta sociedad sufriente la buena nueva que trae Jesús en Navidad?

